

cion de que habla San Lúcas. Este fué el segundo empadronamiento mandado por Augusto, pero fué el primero respecto de la Judea, habiéndolo dirigido Cirenio con plena autoridad y viviendo aún Heródes. El tercero se verificó trece años mas adelante, despues de la deposicion de Arquelao y siendo ya gobernador de la Siria Cirenio con Capouio. El anterior empadronamiento solo se refirió á la poblacion, el tercero á los bienes para dar base fija al impuesto en la Judea, provincia entonces ya de Imperio. Este es del que habla Josefo en el libro 18 de sus *Antigüedades judaicas*, y del que se prevale injustamente M. Renan como de una objeccion victoriosa contra el relato de San Lúcas y el viaje á Belén. Finalmente, San Justino (Apol.) y Teruliano (lib. 4 *contra judeos*, y lib. 4 *contra Marcion*), dicen que se veia aun en su tiempo, en los registros públicos del empadronamiento hecho en tiempo de Augusto, el nombre de Jesus y el de sus padres.

Así, pues, no hay testo alguno histórico, cronológico ó filológico que nos obliguen á dejar de considerar á Belén como el lugar bendito donde nació el Salvador: esta certidumbre se halla afirmada por una multitud de hechos que se desarrollan paralelos al relato evangélico, y por autoridades de gran peso. Así, San Justino, en su diálogo contra el judío Trifon, habla de la gruta de Belén en que María dió á Jesus á la luz del mundo, y Orígenes opondrá á los sarcasmos blasfematorios de Celso, el vivo y público recuerdo del nacimiento de Jesus en Belén. "Si hay alguno, dice, á quien no baste el Evangelio, para convencerle de que nació Jesucristo en Belén, sepa y recuerde, que se enseña aun en aquel sitio el establo en que nació Jesus, y el pesebre en que fué envuelto en pañales, y no hay nadie en aquellos lugares que no publique y se complazca en repetir, contra los enemigos de la fé, que allí es donde nació aquel Jesus á quien admiran y adoran los cristianos." (Véase la segunda pastoral de M. Plantier, pág. 34 y siguientes; la Historia de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, por el señor Martínez Marina, donde se habla estensamente sobre el empadronamiento mandado ejecutar por César Augusto, y la Historia de los hechos y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, por don Joaquín Roca y Cornet).

Pág. 177, lín. 1.^a y siguientes. Segun M. Renan, "Jesus no sabia bastante historia para comprender cuán á punto venia su doctrina."

En vano una crítica anticristiana que lee el Evangelio con los ojos vendados, dice el R. P. Félix en su tercer conferencia pronunciada en el presente año en Nuestra Señora de Paris, presume disputar á Cristo la autonomia de su querer y la perfeccion absoluta de su resolucion, del propio modo que le disputa la propiedad absoluta de su idea y la plenitud instantánea de su concepcion; en vano imagina en el Cristo reformador una especie de voluntad prestada. Verdaderamente que es forzoso temer propósito, muy deliberado y resolucion muy calculada de falsear la mas evidente, verdad histórica para desnaturalizar hasta este estremo la narracion del Evangelio, en el cual ciertamente no se encontrará una suelta, ni una palabra, ni una sílaba de todos esos, pretendidos préstamos tomados de voluntades estrañas; al contrario en todas partes y á cada página del Evangelio no se ve en Jesucristo sino una voluntad gran-

de y vasta, propia y personal como su idea, y que como esta idea misma, llega de un solo golpe á su plenitud y á su perfeccion.

En primer lugar se ve un hecho que por sí solo exige un milagro, á saber, la tranquilidad absoluta de Jesucristo ante la plena vision de todo lo que se prepone hacer, y de todos los obstáculos que ha de encontrar

Para la conquista de Jesucristo y la trasformacion consumada por él en el mundo, no se le ve pedir auxilio alguno á los acontecimientos para sostener su voluntad, ni para animarle en su propósito; no se le ve invocar la complicidad de las cosas, ni la conspiracion de los siglos, para que secedan sus proyectos; al contrario, en lugar de seguir á los acontecimientos, los desafía, en lugar de plegar su voluntad á la exigencia de las circunstancias, quiere que las circunstancias se plieguen á la soberanía de su voluntad; en lugar de hacer lo que todos los reformadores humanos, que se arrojan en el torrente para dejarse arrastrar por él y no para arrastrarle, Jesucristo hace refluir hácia sí, como el Jordan hácia su fuente, el gran rio que lleva en sus ondas á la humanidad contemporánea. En una palabra, su resolucion es absolutamente independiente de los acontecimientos y de las cosas, y respecto de los hombres aun es mayor su independencia.

Como su voluntad es hacer que los acontecimientos se plieguen y le conviertan á su gloria, así quiere tambien doblegar las libertades humanas y hacerlas servir á su propósito. Los filósofos le aguardan para combatirle con la palabra, pero él les hace el mismo caso que si jamás hubiera habido filosofía ni filósofos en el mundo; los políticos le esperan con la espada desenvainada, aprestados para ahogar en la sangre de los suyos su idea y su institucion; mas él nada teme de esos poderosos de la tierra, ni para el triunfo de su obra les pide nada, ni siquiera tolerancia y derecho de ciudadanía: lo quiere y basta: él no tiene que contar sino con su voluntad, y lo que es aun mas prodigioso, se atreve á contar anticipadamente con la voluntad de los demas; se atreve á contar con que no le faltarán hombres, sino que ántes bien los hallará en todos lugares, en todos tiempos, en todas clases ó condiciones de la gerarquía social y esto sin transigir en nada con sus intereses ni con sus ideas, ni con sus pasiones, ni con nada en fin, de lo que es humano. ¿Cómo explicar esto, que no es propio del hombre sino por otra cosa que aun es menos humana, á saber, por la certidumbre del triunfo que Jesucristo ve claro en el porvenir?

Así se verifica despues del milagro de la concepcion y de la idea, el milagro de la resolucion y de la voluntad; voluntad no solamente adecuada á la idea; no solo grande, personal y plena, como la concepcion misma, sino acompañada además de una tranquilidad divina en preveer su obra y todos los obstáculos de su obra; voluntad acompañada de una independencia divina para con todas las cosas, para con todos los hombres y para con todos los acontecimientos; voluntad en fin, acompañada de una voluntad divina que ante lo espantosamente desconocido de todo el porvenir humano, anuncia personalmente la certidumbre de su triunfo.

Pues aun hay otro tercer milagro todavía mas maravilloso que los otros dos; y es, despues del milagro de la concepcion y de la resolucion, el milagro de la ejecucion.

El advenimiento del cristianismo y la trasformacion realizada por él en la historia, no es solamente un fenómeno raro y un hecho estraordi-

nario, sino que es en sí mismo un hecho sobrehumano y un fenómeno extranatural. Daré una razón muy sencilla, y al mismo tiempo muy profunda. La naturaleza no es más fuerte que la naturaleza y la humanidad, no es superior á la humanidad; el hombre no puede levantarse más alto que su propia altura, ni puede cambiar con su propia energía las condiciones fundamentales de su existencia, ni alcanza, en una palabra, á dislocar por sí mismo el eje de su propia vida, ni á desquiciar los polos en que gira y en que realiza todos sus movimientos. Pues bien, esto que la humanidad no puede hacer por su propia energía, Jesucristo lo ha hecho por su poder divino; él ha dislocado el eje del mundo, cambiando así de una estremidad á la otra y del centro de la esfera á todos los puntos de su circunferencia, todas las condiciones de la vida de la humanidad.

La transformación realizada por Jesucristo, es una dislocación del eje de la vida humana. Dijo un día Dios al patriarca Jacob: ¿has cogido en tus manos para sacudirlos los dos polos de la tierra? *¿Nunquid tenuisti concutiens extrema terra?* ¡Ah! Jesucristo hizo más que esto; cogió por sus dos cabos, no al mundo de los cuerpos, sino al mundo de los espíritus, y lo sacudió y lo volvió todo entero de una estremidad á otra. Y como quiera que en este mundo de los espíritus, hay otros varios mundos que deben gravitar alrededor del mismo centro, Jesucristo ha dislocado el eje y removido los polos de todos estos mundos á la vez. El mundo intelectual giraba todo entero sobre el polo del pensamiento humano, y el hombre se asentaba en él teniéndose á sí propio como centro de la verdad; pues Jesucristo viene y lo cambia todo, diciendo: "la verdad soy yo;" muéstrase luego á sí propio como centro del mundo intelectual, y llega al fin un día en que todas las inteligencias cristianas gravitan al rededor de él como satélites al rededor del sol. El mundo moral giraba sobre el amor de sí mismo; en los dos puntos extremos del eje estaban el orgullo y el deleite, en el centro el goce; pues Jesucristo viene y lo cambia todo: al amor propio sustituye el amor de El; al orgullo y al deleite sustituye la humildad y la castidad, y en el centro y como perno del nuevo mundo, sustituye al egoísmo el sacrificio, principio fecundo de donde saldrán eternamente las virtudes heroicas. El mundo social giraba todo entero sobre el imperio de la espada; en un lado el despotismo, en otro la servidumbre, y en el centro la fuerza, que hacia caminar á las sociedades humanas con el acero ó con el látigo en la mano; pues Jesucristo viene y lo cambia todo: á la fuerza sustituye el derecho; el despotismo deja libre el campo á la autoridad, y la servidumbre se retira ante la libertad. Y el mundo religioso, ¿sobre qué giraba? ¿cuál era el perno que sostenía todos los templos, todos los altares, todas las religiones del paganismo? Era el error fundamental, dominante por entonces en el centro del alma humana, de que *era Dios excepto Dios mismo*; pues Jesucristo viene, convierte hacia su verdadero polo al mundo religioso todo entero, aduna y condensa en su persona divina las adoraciones dispersadas sobre mil ídolos, y asentándose á sí propio como centro vivo del mundo religioso, crea en rededor de sí y en sí el Cristianismo, la Religión universal, la Religión definitiva.

Finalmente, he aquí cómo esponé el abate Anglade los efectos y los frutos de la obra de Jesucristo.

La obra de Jesús fué pues una obra gigantesca y divina. Con hombres ignorantes y tímidos convirtió á sectarios orgullosos, tales como Saul y Gamaliel; á procónsules soberbios, tales como Paulo; á graves magistra-

dos, tales como Dionisio el Areopagita; á filósofos turbulentos, tales como Justino y Taciano; á princesas delicadas, tales como Domitilla; á patriarcas embriagadas con la gloria de sus antepasados, tales como Paula, Marcela, Fabia; á ciudades voluptuosas, tales como Corinto y Antioquia; á ciudades soberbias y supersticiosas, tales como Roma, Atenas y Efeso; á Césares orgullosos y omnipotentes, tales como Constantino. Se presentó al mundo con mortificaciones, ayunos, disciplinas, y aquel mundo disoluto se sometió en fin á esta terrible penitencia; se presentó al mundo, tan orgulloso de sus filósofos y de sus sabios, con la cruz de los esclavos al hombro, y el mundo se inclinó al fin ante esta cruz y la tomó como signo de honor y la colocó en el corazón de los valientes y en los estandartes que los llevaron en medio de las batallas. Preciso era un poder más que humano para operar tan gran transformación; y era necesario ser verdaderamente Dios para imponer á este mundo tan corrompido, tan sofista, tan escéptico, la creencia en la divinidad del Crucificado del Calvario (Véase el folleto del abate Anglade, escrito contra la obra de M. Renan, y titulado: *Imposible negar la divinidad de Jesucristo*).

Pág. 180, lin. 9 y siguientes. De esta suerte ha llegado á ser toda la historia del Cristianismo naciente una *deliciosa pastoril*, un Mesías *sentado á las mesas de bodas*, la cortesana y el buen Ziqueo llamados *á sus festines*, los fundadores del reino del cielo como un cortejo de paraisifos.

¡Qué monstruosa parodia es todo esto! ¡El Cristianismo naciente una deliciosa pastoril! Un niño que nace en un pesebre entre viles animales; un niño contra el cual, apenas nace, lanza un príncipe bárbaro un decreto de muerte; un niño á quien tiene que llevar precipitadamente su familia al Egipto para librarle de la degollación; un niño que no bien entra en Jerusalén, es anunciado á su madre como debiendo ser blanco de contradicción, hasta el punto que sus pruebas serán para ella una puante espada; he aquí el primer acto de esta *deliciosa pastoril*. En cuanto llega á ser hombre, ve este niño tomar su destino un carácter aun más rigoroso; Nazareth comienza arrojándole de sí, y más adelante los judíos de Jerusalén, en pago del bien que ha hecho á sus enfermos y poseídos, le cargan de cadenas y le hacen condenar, como un malvado y morir en la cruz con el suplicio de los infames, vendido por un discípulo suyo; he aquí el segundo acto de esta deliciosa pastoril. Finalmente, el héroe de este risueño poema anuncia que los que quieran seguirle deben separarse de sus familias, renunciar á sí mismos, esperar el odio del mundo, aceptar la perspectiva de ir por las naciones, como ovejas en medio de los lobos y aceptar la certeza de perecer en la cruz, porque el discípulo no puede ser mayor que el maestro; he aquí el tercer acto de esta deliciosa pastoril; he aquí las nupcias á que son convidados los *fundadores del reino de los cielos*. ¡He aquí cómo forman en torno del Esposo coronado de espinas un cortejo de *grosos paraisifos*!

Un Mesías en festines de bodas. ¿Y no era necesario que santificase la institución del matrimonio? Y en este banquete ¿no se conduce como un hombre divino? ¿no es allí donde verifica su primer milagro y donde comienzan á creer en él sus discípulos? (San Juan, II, 11.)

La cortesana y el buen Zaqueo llamados á sus festines. ¿Y cuando los llamó Jesús á sus festines? ¿No fué Zaqueo quien recibió á Jesús á su mesa y no Jesús quien recibió á Zaqueo? (S. Lúe., XIX, 2-10.) ¿No se hallaba Jesús cuando se presentó la cortesana, en casa de un extraño, y no se limitó ella, en vez de sentarse al banquete, á inundar los pies del Salvador con perfumes y lágrimas? (Véase la segunda pastoral del obispo de Nimes.)

Pág. 186, lín. 16 y siguientes. Tributábanle pequeñas oraciones, gritando Hosanna y agitando palmas á su alrededor.

Cuando se tiene una fe sincera, ó bien algun tanto de conciencia histórica, es preciso violentarse mucho para no prorumpir en indignación ó para no sonreír de desprecio ante esas trasformaciones novelescas, ante esas parodias insultantes de los relatos evangélicos. Y no una sola vez, sino casi constantemente, hay que someterse á tales pruebas al leer este libro, sobre todo, en lo concerniente á los primeros pasos del ministerio de Dios. Así pues sin otras pruebas que los relatos evangélicos, sin otra indicación que los textos que se refieren á circunstancias únicas y excepcionales, M. Renan las generaliza para quitarles el carácter de especiales, admirables y solemnes. Sabido es cómo refieren todos los evangelistas, que en la última semana de su vida entró Jesús en Jerusalén en una asna, para enseñar al pueblo judío en su persona el triunfo del rey pobre anunciado por los profetas; añadiendo, que en estas circunstancias tendieron los discípulos sus vestidos sobre su cabalgadura y aun por el camino por donde pasaba, llevando en la mano palmas y ramos de olivo, y que se reunieron los niños á los discípulos, gritando con ellos: *Hosanna al Hijo de David*; pues bien, M. Renan, para quitar el mérito de un entusiasmo extraordinario á este acontecimiento, trata de persuadir que estas demostraciones se hacían comun y vulgarmente. (Véase la carta del obispo de Grenoble.)

Pág. 188, lín. 12 y siguientes. Lejos de abdicar el Bautista ante Jesús, le reconoció Jesús por superior durante todo el tiempo que pasó á su lado.

Cuando Jesús se presentó á Juan, exclamó éste: "He aquí el Cordero de Dios; he aquí el que quita el pecado del mundo. Este es de quien dije: despues de mí viene un hombre que fué preferido á mí, porque era antes que yo (San Juan, I, 29 y 30)." Cuando Jesús fué á las orillas del Jordán para ofrecerse al bautismo de Juan, éste rehusó bautizarle diciendo: "Yo debo ser bautizado por tí, ¿y tú vienes á mí? (S. Mat., III, 14.)" Cuando mas adelante atrajeron á la multitud las primeras predicaciones de Jesús, alarmándose los discípulos de Juan, les replicó éste: "Conviene que él crezca y que yo mengüe: el que viene de arriba es sobre todos. El que viene del cielo debe dominar á todo el mundo." (S. Juan, III, 26, 30 y 31.) He aquí la manera cómo estos dos maestros se amaron y lucharon en público en deferencias recíprocas, segun M. Renan. Mas cuando M. Renan añade que el Bautista no abdicó ante Jesús y que Jesús en todo el tiempo que pasó á su lado le reconoció por superior y

solo desarrolló su propio genio tímidamente, es desmentido por los mas formales testimonios de la historia. M. Renan añade: El bautismo habia sido muy acreditado por Juan: Jesús se creyó obligado á hacer como él y bautizó. ¿No ha leído M. Renan aquellas admirables palabras del Bautista: "He visto descender del cielo al Espíritu en figura de paloma y reposar sobre él. Y yo no le conocia; pero el que me envió á bautizar en el agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres bajar el Espíritu y reposar sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo le ví, y di testimonio de que él es el Hijo de Dios (S. Juan, I, 32 y 33.)" Así, segun el mismo Juan, el bautismo de Jesús no es el de su precursor: Juan bautiza por el agua; Jesús por el Espíritu Santo: Juan, con un elemento creado por origen, inerte por esencia; Jesús por un principio divino y que lleva en sí la plenitud de la gracia y de la vida (segunda pastoral del obispo de Nimes).

Pág. 188, lín. 18. Todo induce á creer que Jesús se inclinó un momento á favor del bautismo por una especie de concesión.

M. Renan supone que el bautismo tuvo una importancia secundaria para Jesucristo. M. Renan no ha leído sin duda estos solemnes testimonios de lo contrario, que se contienen en el Evangelio. "En verdad, en verdad os digo, nadie puede entrar en el reino de Dios si no renace del agua y del Espíritu Santo." (S. Juan, III, 5.) "El que creyere y fuere bautizado se salvará." (S. Marcos, XVI, 16.) "Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas, etc." (S. Mateo, XXVIII, 19.) Véase, pues, si habiendo leído estos textos tan explícitos y que dan tanta importancia al bautismo, podria decirse que Jesús solo daba á este sacramento una importancia secundaria.

Págs. 191, lín. 26, y 193, lín. 2. Jesús no enuncia por un momento la idea de que sea Dios (dice M. Renan)... Él es su Padre, su Padre es él... No se niega (dice el mismo) que hubiera en estas afirmaciones de Jesús el gérmen de la doctrina que debía hacer de él mas adelante una hipóstasis divina.

Es cierto que Jesús se llama en el cuarto Evangelio varias veces el *Hijo de Dios*, ó simplemente el *Hijo*, por oposicion al Padre, y que en este mismo Evangelio y en los demás se llama *Rabí* ó Señor. Pero no es cierto que se contentara con este nombre, y que le bastara en época alguna de su vida y de su ministerio. En el Evangelio vemos darse á Jesús el nombre de *Hijo de Dios*, de *Hijo del Altísimo*, de *Cristo*, de *Señor*, bien antes de su nacimiento ó en el momento mismo de su aparicion en el mundo. (S. Lúe., I, 32, 35, 43; II, 11.) Allí descubrimos en el que viene de lo alto á visitar á Israel, al mismo Señor Dios de Israel que visita á su pueblo (S. Lúe., I, 78, 68); y en el nombre de Emmanuel, ó *Dios con nosotros*, que se da á Jesús naciente, vemos el fundamento de la aplicacion de las palabras del cap. XI de Isaiás (V. 6): "Nos ha nacido un parvulito y nos ha sido dado un hijo, que se llamará el admirable, el Dios fuerte, el padre del siglo futuro." Despues hallaremos en estos capítu-

los de San Mateo y de San Lucas indicaciones de una *encarnación de Dios mismo*, no menos marcadas que en el Evangelio de San Juan.

En la época del ministerio de Jesús, y en el momento de su manifestación en Israel y aun antes de ella, apareció Juan y lo anunció como el Cristo, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y el Señor supremo que debe juzgarle. Aquel que es tan grande que *no es digno de Bautista de desatar las correas de su calzado, y que es el Señor mismo ante quien él ha sido enviado para prepararle los caminos*. (S. Márc., I, 7; S. Lucas, III, 16; S. Juan, I, 27.)

En el bautismo de Jesucristo descendió, según refieren los tres primeros evangelistas, el Espíritu Santo sobre él en figura de paloma, y se oyó una voz del cielo que decía: *este es mi Hijo amadísimo, en quien he puesto todas mis complacencias*; y Juan Bautista, que según el cuarto evangelista vió al Espíritu descender sobre Jesús, testifica ser el *Hijo de Dios*. (S. Juan, I, 31.)

En la tentación del desierto, referida suscitadamente por S. Mateo y por S. Lucas, se le da en dos ocasiones el título de *Hijo de Dios* por el tentador mismo. (S. Math., IV, 3, 6; S. Luc., IV, 3, 9.)

Sus discípulos le dan este mismo título. Es cierto que le llaman *Rabí* dos discípulos de Juan Bautista, que se lo encuentran; mas para ellos este nombre es sinónimo de Mesías: *Hemos encontrado al Mesías, dice uno de ellos*. (S. Juan, I, 38.) Otro israelita le llama poco después *Rabí*, pero añadiendo: Señor, *tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel* (Ibid., 49).

No es, pues, exacto que se limitara nunca Jesús á usar el título de *Rabí*, y lo es menos que al aceptar el título de *Hijo de Dios* y la potestad que expresa este nombre, cediese á la admiración y al entusiasmo de sus discípulos; lejos de esto, no se limita á aceptar este título por su parte, sino que declara que tiene derecho á él. No lo considera como un testimonio de su admiración, sino que lo refiere á una revelación divina. Recuerdese la escena que ocurrió cerca de Cesarea de Filipo, y las preguntas que dirigió el Maestro á los discípulos. *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? y ellos dijeron: unos que Juan Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías ó uno de los profetas. Díjoles Jesús, y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, porque no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos*. (Math., XVI, 13, 17.) En esta escena no sufre el Maestro los testimonios producidos por el entusiasmo de sus discípulos, sino que los provoca. Acepta el título de Hijo, y se lo aplica llamando á Dios Padre suyo de una manera especial, absoluta. Este título expresa una verdad muy elevada sobre el sentido humano, puesto que solo podía darla á conocer una revelación divina. No expresa pues una paternidad adoptiva y una filiación metafórica, sino una paternidad real y una filiación propiamente dicha. Y ateniéndonos solo á este pasaje, es manifiesta ó indudable la armonía que existe entre la doctrina de San Mateo y la de San Juan. M. Renan, no obstante, no teme afirmar que solamente se sirve Jesús, en el Evangelio de San Juan, de la expresión de Hijo de Dios ó de Hijo, hablando de sí mismo.

No sé cómo explicará M. Renan la voz que según los tres primeros evangelistas se oyó en el Tabor: *Este es mi Hijo amadísimo, escuchadle*; pues si no viene del cielo, aunque los tres unánimemente lo atestiguan,

no fueron ellos sin duda los que la supusieron; fueron, pues, Pedro y Juan, que se confabularon para propagar esta fábula.

El sentido de la parábola del Padre de familias, referida por S. Marcos y por S. Lucas, contiene una afirmación clara y precisa por parte de Jesús de ser Hijo de Dios. El Padre de familias, después de haber despedido á sus siervos, envía, en fin, á su Hijo, diciendo: *ellos respetarán á mi hijo*. Y viendo los cultivadores venir al hijo, dijeron entre sí: *este es el heredero, venid y matémosle, y tendremos su herencia; y le mataron*. Estos servidores son los profetas; este Hijo es Jesucristo: así lo comprendieron los fariseos, y así se ve claramente por la serie del discurso. Jesucristo no solamente se llama aquí Hijo de Dios, sino que se atribuyen los caracteres de su hijo verdadero. Es el Hijo de una manera absoluta, porque no dice que haya otro. Es el Hijo querido, muy amado, según San Marcos y San Lucas. Es Hijo en oposición á los profetas, que no son mas siervos suyos. Y es Hijo de tal manera, que bajo este concepto es heredero de su Padre, y le pertenece la herencia.

Y cuando conducido Jesús ante Caifás, é interrogado jurídicamente por el gran sacerdote, que le dice: *Te conjuro por Dios vivo que nos digas si eres Cristo, Hijo de Dios bendito*; contesta Jesús: *tú lo has dicho: yo lo soy*; no se declaró abiertamente Hijo de Dios! ¿Se engañaron sus enemigos sobre el sentido que daba á este nombre! ¿Creyeron quizá que se llamaba únicamente profeta? *Ha blasfemado, exclamaron, es digno de muerte*. Esta declaración tan formal no se encuentra en San Juan, pero está consignada en los tres primeros evangelistas. (S. Math., XXVI, 63, 66; S. Marc., XIV, 61, 64; S. Luc., XXII, 66, 71.)

Y si no parecen decisivas estas observaciones y si fatiga la menor sombra de raciocinio, no apelo ya al entendimiento sino á los ojos. Léase el cap. XI del primer Evangelio (v. 27), el cap. X del tercero (v. 22) que dicen: "en aquella hora, saltó de gozo por impulso del Espíritu Santo, y dijo: Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre, y nadie conoce al Padre, sino es el Hijo, y aquel á quien quisiere el Hijo revelar." En estas palabras se llama Jesucristo el Hijo, el Hijo, de una manera absoluta, enfática, con relación al Padre. No es ya San Juan, es San Mateo, San Lucas quienes refieren estas palabras. Es pues absoluta y materialmente falsa la aseveración del crítico; basta tener ojos para convencerse de ello. Y adviértase en estos pasajes la reciprocidad entre el Padre y el Hijo, entre el Hijo y el Padre que se nota con tanta frecuencia en San Juan, y que es tal vez la prueba mas palpable de su igualdad natural, y obsérvese que allí, lo mismo que en San Juan, el Hijo es el revelador único y supremo de su Padre!

Es también falso que no tuviera Jesucristo conocimiento distinto de su personalidad, y que se confundiera nunca con su Padre, como dice M. Renan.

Nadie, al contrario, tuvo un conocimiento mas distinto de su personalidad que Jesucristo; y bastaría alegar las pruebas de los pasajes en que parece el crítico mas eclipsada la personalidad del Salvador. En ninguno de ellos, hasta en el capítulo XVII de San Juan, deja de marcarla Jesucristo de la manera mas enérgica. Antes de la creación del mundo gozaba de la gloria en el seno del Padre (v. 5). Después de su venida al mundo, es otro que el Padre, puesto que quien le envió fué el Padre, y que consiste la vida eterna en conocer al uno y al otro (v. 3). Y en la vida futura, presenta su unidad con el Padre como la imagen de la uni-

dad que tendrá con sus discípulos, y se confunde en ella tan poco con ellos, que dice: Allí donde yo esté, quiero que estén mis discípulos conmigo, para que contemplen mi gloria, la que vos me habeis dado (v. 23 y 24).

Por todas partes declara Jesucristo en el Evangelio cuarto su unidad sustancial y su igualdad natural con el Padre; pero al mismo tiempo, declara por todas partes su distincion con el Padre y su existencia personal. Así dijo: Mi Padre hasta ahora está haciendo obras y yo tambien las hago; no puede el Hijo hacer de suyo cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre, porque todo lo que hace el Padre, hace tambien de la misma suerte el Hijo. (Juan, V, 17, 19). Y tambien el Padre está en mí y yo en el Padre. Todas las cosas que tiene el Padre son mías. (Juan, X, 38, 39; XVI, 15). Pero no dijo nunca. El Padre es yo, y yo soy el Padre.

Jamás se identificó tampoco con Dios en el sentido de haberse calificado de la primera ó la sola persona divina; pero se atribuyó constantemente la unidad y la igualdad de poder, de operacion, de naturaleza con su Padre. No vemos tampoco que se llamase formalmente Dios mismo. No obstante, aceptó este homenaje del discípulo que hasta entonces incrédulo le dijo: *mi Señor y mi Dios* (Juan, XX, 28); y le elogió por haber creído al fin; pero no parece que se diese directa y públicamente el nombre de Dios, y tenia para ello razones profundas, porque hubiera echado violentamente contra las susceptibilidades religiosas de una nacion y de doctores que no tenian idea distinta ó perceptible de la Trinidad divina, y se hubiera espuesto á que se le confundiese con el Padre. (Véase la carta escrita contra la obra de M. Renan por el señor obispo de Grenoble á uno de sus vicarios).

Pág. 196, lin. 6. La leyenda se complace en mostrárnoslo desde su infancia *rebelado* contra la autoridad paterna.

Justamente sucede lo contrario. En el primer versículo de S. Lucas, que cita M. Renan, se dice que descendió Jesus á Jerusalem, segun costumbre en tiempo de Pascua, pero *acompañando á su familia*. (Lúc. II, 42). Dice tambien San Lucas, que *vivió treinta años en Nazareth en la humilde condicion de sus padres, y qué hacia allí? ESTABA SUMISO A ELLOS*. (Lúc. II, 51). Hé aquí lo único que se nos revela de esta larga parte de su vida: su obediencia perpétua á María y José; hé aquí cómo se complace la leyenda en mostrárnoslo en rebelion contra la autoridad paterna.

Es verdad que en un viage á Jerusalem, en lugar de volver Jesus con sus padres, permanece sin decir nada entre los doctores; y cuando, al cabo de algunos dias de pesquisas, le encuentra su Madre y le manifiesta su sorpresa y le pregunta con mesura la causa de su conducta, Jesus le contesta: "¿No era preciso que atendiese á las cosas de mi Padre?" Pero protesta acaso María contra esta pretendida voluntad de su Padre que está en los cielos? ¿Acusa á Jesus de haberse rebelado contra sus padres de la tierra? En manera alguna; antes bien acepta con respeto las esplicaciones de su Hijo, y cree deber suyo meditarlas en su corazon. (Lúc., II). Y esto es el único hecho en que se apoya M. Renan para decir, que Jesus se ensayaba desde su infancia en rebelarse contra la autoridad paterna. (Segunda pastoral del obispo de Nimes).

Pág. 207, lin. 12 y siguientes. ¿Recordó (Jesus) las jóvenes doncellas que hubieran consentido en amarle? ¿Maldijo tal vez su duro destino que le habia prohibido los goces concedidos á todos los demas? ¿Dolióse de su naturaleza demasiado elevada y victima de su grandeza, lloró por no haber permanecido simple artesano de Nazaret?

Jesus no maldijo lo pasado á que ni siquiera atendia; no maldijo tampoco el porvenir, puesto que se entregó con dulce resignacion en manos de su Padre. ¿Y qué legítimas alegrías habia de llorar cuando renunció á todas ellas libre y voluntariamente! Menos se dolió de su elevada naturaleza, lamentándose de no haber permanecido simple artesano de Nazaret. ¿Cómo se pretende que quien se dice y se cree Dios, se duela de su naturaleza que le hace igual al Padre, aunque debiese ser *victima de su grandeza*? Estas preguntas de M. Renan son irracionales; pero la mas odiosa, la que hace que caiga nuestra cabeza desplomada entre nuestras manos, dice el digno y sabio obispo de Nimes, al hacerse cargo de estas palabras de M. Renan, es la que se refiere á las jóvenes doncellas.

¿Y es de vos, oh Jesus, celeste esposo de las vírgenes de quien se ha tenido la horrible osadía de escribir estas repugnantes palabras! esclama el citado obispo. Vos, hijo de una Madre Virgen, vos babeis proclamado altamente vuestra predileccion por la virginidad. Para que vuestra Iglesia fuera digna de vos, ha sido preciso que fuera Virgen, como aquel de quien debia ser la esposa. En la Iglesia misma son consideradas las almas vírgenes como la flor de vuestra familia, y finalmente, es tal la intolancia de vuestra adorable delicadeza, que no podeis sufrir en ninguno de vuestros discípulos una sola mirada apasionada, el mas leve deseo de concupiscencia voluntaria. Vos sois, pues, oh Dios mio, el hábito puro de la virtud de vuestro Padre, una misteriosa emanacion de su claridad suprema, el esplendor de su eterna luz, el espejo sin mancha de su Magestad Santísima (Cap. VII, 25 y 26). ¿Y se atreven á atribuirnos sueños y pesares, propios á lo mas de un héroe de novela, á vos mas radiante y mas inmaculado que el sol, (Juan, XIX, 35, 36) y en vísperas de esa muerte por la que debíais arrancar al mundo de la tiranía de la materia? Y cuando vais á principiar la espacion de los crímenes que el hombre cometió por los sentidos ¡hay quién no se avergüenza de atribuirnos groseras ilusiones que jamás empañaron vuestra mente! ¡Ah, esta es una de esas cínicas impiedades por las que deberian llevar muchos siglos de luto vuestros mismos ángeles!

Pág. 208, lin. 26. Segun Juan apareceria (Judas) como un ladron.

Porque dijera San Juan que Judas era un ladron, y que Jesus predijo la traicion de este hombre y su triste fin, lo cual podia saber el mejor que un crítico cualquiera del siglo XIX, se le acusa de odiar al traidor, y se supone este odio anterior á sus crímenes. Esto revela mas que una injusticia, y tal vez es uno de esos tristes secretos del corazon humano que no nos incumbe sondear. Como quiera que sea y por grande que

sea el odio que se atribuye á San Juan contra Judas, es lo cierto que S. Juan no refirió ni la venta que hizo Judas de su maestro á los príncipes de los sacerdotes por treinta dineros, como hacen los demas Evangelistas, ni la odiosa recomendacion que hizo Judas á sus satélites de conducir á Jesus con precaucion, y que refiere San Márcos (XIV, 44); ni la circunstancia de la salutacion hipócrita y del ósculo infame en el momento de la traicion (Mateo, XXVI, 48 y 49; Marc., XIV, 44, 45; Lúe., XXII, 47 y 48); ni los pormenores de su suicidio (Math., XXVII, 5; Act. I, 18); ni las tristes consecuencias que tuvo, como hace San Pedro [Act. I, 16 y 20], señalando en todo esto el cumplimiento del oráculo del Salmista y el efecto de las maldiciones de Dios. [Véase la carta del obispo de Grenoble, p. 43].

Pág. 234, lin. 19 y pág. 235, lin. 34, nota. Que *habría visto* al Señor y que le habría dicho esto. Esto es que había visto una apariencia del Señor: porque observa Grocio, ella dudaba aun si era una vision incorporeal.

Hé aquí el testo de Grocio. *Quod vidisset dominum. Quod aliquem vidisset quem ipsa dominum crederat* Nam ipsa dubitabat iterum an fuisset visio incorporea. Es decir, que *viera* al Señor; que *viera* ó *habría visto* á alguno que creyó ser el Señor. Porque ella misma dudaba que *fuese* lo que *vio*, mas que una aparicion ó vision incorporea.

Pág. 238, lin. 15. (Antes del aparte). ¿Qué diremos ahora, etc.

Segun se ve por los párrafos anteriores, siempre encuentran las apariciones de Jesus la incredulidad, y siempre las determina ésta, y una incredulidad tal que debió representar la incredulidad de todos los tiempos, la nuestra, la vuestra, para convencerla con su irrecusable testimonio. Por eso añade Jesus inmediatamente; "Vosotros sois testigos de todas estas cosas." [Lúe., 14, 48]. Mas adelante dirá: "Vosotros seréis mis testigos en Judea, en Samaria y hasta en los extremos de la tierra." [Actos, I, 8]. Ahora dice: "Vosotros sois testigos de estas cosas," *testes estis horum*; lo sois en el presente, para serlo en lo futuro; yo formo, yo dispongo en vosotros, testigos históricos de mi resurreccion para la fé del mundo, que podrán decir un día con seguridad: "Dios resucitó á Jesus, y de ello somos nosotros testigos." [Act., II, 53], y con este fin multiplicó los hechos irrecusables de vuestra incredulidad, y la verdad del grande hecho á que sirven de prueba. ¿Qué admirable economía! ¿Y cuánta razon tiene Jesuoristo para *echarnos en cara* la dureza de nuestros corazones, de que no creemos á los que *le vieron resucitado* de un modo tan palpable y convincente! [Augusto Nicolás en el pasaje citado].

Pág. 263, lins. 1 y 2. Jesus tenia hermanos y hermanas, de los cuales *parece haber sido el mayor*.

Preciso es ignorar todo estudio lingüístico para no saber que la palabra latina *frater*, la griega *adelphos* y la hebrea *akh*, se usan con mucha

frecuencia para designar los primos hermanos, los sobrinos y los parientes en general. Sin hablar de los griegos ni de los latinos, diremos solo que entre los hebreos, tiene la palabra hermano, segun Genesio y otros filólogos no menos distinguidos, una significacion muy estensa, que se refiere no solo á los primos, sino á los individuos de la misma tribu. En efecto, Abraham llama á Lot *hermano* suyo (Génesis, XIII, 8; XIV, 16), siendo así que Lot solo era sobrino suyo (Ibid., XI, 27). En el libro de Tobias se hallan varias veces las palabras hermano y hermana, para designar grados muy remotos de parentesco (VII, 4; VIII, 9). Si consultamos el Nuevo Testamento, hallamos la palabra hermano usada treseientas sesenta veces en cuatro acepciones diversas, para designar el hijo de un mismo padre, *los miembros de una misma familia*, los habitantes de un mismo país y los hombres reunidos por una misma fé y un afecto. No debe, pues, parecer extraño que llamaran hermanos los judíos á los primos de Jesus, porque esta denominacion es un puro hebraismo. (V. el folleto del abate Freppel titulado: *Exámen crítico de la vida de Jesus de M. Renan*.)

En cuanto al error en que segun dice M. Renan incurrieron los Evangelistas, poniendo los nombres de los hijos de Cleofás en lugar de los nombres de los hermanos de Jesus, no es posible comprender este error en San Mateo, que vivió tres años en la intimidad del Salvador, ni respecto de los judíos, que son á los que se refiere aquí el Evangelista. Además San Pedro, que dictó á Márcos el mismo recuerdo, no incurre en este error. Y respecto de la oscuridad en que supone M. Renan que vivieron los hermanos de Jesus, no es tampoco creíble. San Juan Bautista, que no era mas que hijo de la prima de María, llegó á ser inmortal, y los apóstoles, hombres recogidos por Jesus en las playas, y que no tenían con él el mas remoto vínculo de parentesco ni de comunidad de patria, se hicieron célebres, divulgándose por todo el mundo sus nombres y sus obras (y no había de haberse dado á conocer ni siquiera el nombre de los que hubieran sido formados en las mismas entrañas que llevaron á Jesus, que tuvieran su misma sangre, que hubieran vivido por largos años bajo el mismo techo y sentándose á su misma mesa, mucho mas cuando concedia Jesucristo á los que solo eran primos suyos los honores de la celebridad? (V. la segunda pastoral de M. Plantier).

Pág. 273, lin. 16 y siguientes. Hijos de Maria de Cleofás, hermana de Maria Madre de Jesus.

Los escurituarios no están todos conformes en que fuera hermana carnal de la Santísima Virgen. Así lo dice Calmet en su Diccionario bíblico (Véase *María Cleophe*), aunque parece inclinarse á que lo fuese. Como las palabras hermano y hermana entre los hebreos no significaban á los hijos de un matrimonio sino los parientes mas próximos, podia el testo agrado llamar hermana [*soror*] de la Santísima Virgen á Maria de Cleofás, aunque solemnemente fuera prima hermana, y por tanto llamar á los hijos de ésta, hermanos de Jesus, aunque no fueran primos hermanos, sino solamente primos segundos.

En España la tradicion mas seguida ha sido ésta, suponiendo que San Joaquin y Santa Ana tuvieron á la Santísima Virgen, como hija única, despues de larga esterilidad y siendo azacanos.

Ni hubiera sido tampoco tan grande el sacrificio que hicieron llevando á la Virgen María al templo si hubiesen tenido despues otra hija ó hijos que conservaran en casa; y con todo, la presentacion de la Virgen María en el templo se ha mirado siempre como un acto de gran abnegacion por parte de aquellos piadosos ancianos.

(Nota del censor.)

NOTA FINAL.

Habiéndose demostrado en esta obra la Divinidad de Jesucristo, creemos oportuno rechazar, explicándola, la causa que opone mas resistencia, mas repulsion, para la admision de este dogma.

La causa permanente de la repugnancia de los entendimientos ilustrados de nuestra época en creer en la persona divina de Cristo, dice el abate J. H. Michon, es el imaginarse que el dogma cristiano encierra á Dios en este nombre, contiene en él al que no tiene límites, lo arranca de los cielos, de su inmensidad, para darle su camisola de fuerza, un cuerpo humano donde lo ven los ojos como á Júpiter, comiendo y bebiendo en casa de Alcmena.

Por mas que el Catecismo enseñe que Dios no come ni bebe, que en Cristo son todas las funciones humanas distintas de las funciones divinas, puesto que el dogma le da la voluntad y los actos de hombre, limitados y reducidos como su naturaleza humana, y la voluntad y los actos divinos, sin límites como su naturaleza divina, queda siempre aquella impresion en el ánimo. Se encuentran estas explicaciones ingeniosas y hasta satisfactorias para la razon; se comienza á dudar que se haya comprendido bien en efecto la idea cristiana, pero no obstante queda en pié siempre el fantasma: ¡tendré que adorar á un hombre!

Y sin embargo, no hay nada mas racional que esta union personal de Dios y del hombre, en el momento que entró en los designios de Dios para la salvacion de la humanidad!

¡No, no es preciso, para adorar á Dios, adorar á un hombre! pues por el contrario, precisamente vino el Cristianismo á destruir esta adoracion del hombre y á promulgar por toda la superficie del globo esta ley magnífica: "Solo adorarás á Dios, y no servirás mas que á él." Pero al adorar á Cristo, adorarás á Dios unido al hombre, á la manera que al dirigir al hombre un saludo, no se le dirige al cuerpo sino considerando la union del alma con el organismo. La unidad de persona impone lógicamente la unidad de adoracion, porque la naturaleza mas noble, sin absorber la otra que le es inferior, predomina esencialmente y atrae á sí todo el homenaje. *Non conversione divinitatis in carnem sed assumptione humanitatis in Deum.* No hallándose separada en esta maravillosa union la humanidad, se dirige el culto de adoracion á la persona una, duple por naturaleza, así como el amor en el hombre no separa del alma en su ardiente afecto al cuerpo, aunque solamente sea capaz el alma de aceptar y de sentir el amor. (Véase el folleto del abate J. H. Michon, titulado: Segunda Leccion á M. Renan, pág. 51 y siguientes.)

ADVERTENCIA FINAL.

Habiendo creído deber nuestro, por respeto á la propiedad literaria, valernos para las notas anteriores solamente de las obras extranjeras escritas contra la de M. Renan, sin tomar pasaje alguno de las tan importantes bajo muchos conceptos, publicadas por autores españoles, creemos deber remitir á ellas á nuestros lectores, y en especial á la escrita por el Sr. D. Juan Juseu y Castanera, con el título: "Refutacion analítica de la obra escrita en francés por M. Renan, titulada Vida de Jesus;" á la del Sr. D. Miguel Sanchez, que lleva por título: "La Vida de Jesus, impugnacion de M. Renan;" á la série de artículos publicados por el Sr. D. A. J. Vildosola en el periódico *La Esperanza*, y á los dados á luz por D. S. Catalina en la Revista "La Concordia."